



# Las Cartas de la tía Fagot

Antonio González

Ilustraciones de Elvira Méndez

  
loqueleo  
SANTILLANA

## Índice

I	Aviones no tripulados	9
II	Calle Vagantes	17
III	Los tipos con peinados raros	29
IV	La bruja Fagot	37
V	Pastel de insectos	51
VI	Cartas van, cartas vienen y en el aire se detienen	65
VII	Una simple explicación	83
VIII	Las nuevas cartas de la tía Fagot	91





## I

# Aviones no tripulados

El primer avión de papel tenía piloto. Lo dibujó con gruesas gafas de aviador, bufanda, gorro de cuero y la boca muy abierta, como gritando. Lo arrojó por la ventana hasta que lo vio desaparecer entre las nubes. Pero el resto de los aviones —los que hizo después— no llegaban más lejos que un par de metros, cuando con suerte había viento, y terminaban amontonados con las lenguas de fuera y los ojos cerrados —porque dejó de dibujarles pilotos y se limitó a trazar en ellos solo esto último: ojos y lenguas.

Amanda dobló por cuarta vez el papel con la esperanza de lograrlo, soportando con



serenidad este ejercicio de origami cada vez que respondía las cartas de la tía Fagot: doblez al primer tercio de la hoja, luego al centro y de nuevo al último tercio, para luego introducirlo en el sobre. Como era habitual, terminaba haciendo avioncitos hasta que al fin, después de muchos errores, conseguía un doblez digno.

Si escribirlas a mano le resultaba cursi —con el tiempo supo que era una tarea infame y desdichada—, doblarlas y enviarlas por correo era algo que consideraba tortuoso, sobre todo en estos tiempos en que las personas se conectan de maneras más inmediatas. ¿Cartas? Las había visto alguna vez en alguna película antigua que le había mostrado la tía. ¿Cartero? ¿Acaso era un oficio? ¿En bicicleta? La tía Fagot explicaba con pelos y señales los pormenores de otras épocas, que para Amanda sonaban lejanas, como los teléfonos de disco, los pantalones de campana, o esa extraña afición de la tía a coleccionar insectos.

—Si buscas por internet, encontrarás fotos y videos de todos los insectos que quieras. Hasta de los que ya no existen, tía. Ya no es necesario hacer eso que tú haces —sugirió Amanda en más de una oportunidad.

—¡Tonterías! Nada como sentir el cosquilleo de un coleóptero subiendo por el cuello. Pero tú ¡qué sabes de eso! En estos tiempos los jóvenes no piensan más que en estar pegados a esas pantallas —respondía la tía con claros gestos de inconformidad.

A lo largo de su vida, la tía Fagot nunca conservó otra afición más que coleccionar insectos. Y escribir cartas.

Amanda siempre creyó que tenía mala letra, y la detestaba. Siempre le pareció una de esas arañas clavadas con alfileres, con las patas enroscadas, dentro de las cajas de la tía.

Sin embargo, desde que Amanda se había marchado a hacer su vida en otro lugar, ella le juró

—en realidad, la tía le hizo firmar un papel— que, sin importar cuán lejos estuviera, respondería todas y cada una de sus cartas.

—No me escribas en esas máquinas —le dijo la tía Fagot—. La letra impresa es muy impersonal, y yo podría pensar que tus cartas las escribió cualquiera.

—¿Y por qué tú sí puedes hacerlo? —reprochaba Amanda en vista de que la tía rara vez escribía sus cartas a mano.

—Porque yo estoy vieja y porque me da la gana —respondía ella—. ¿No sabes que jamás debes llevarles la contraria a los mayores?

La máquina de escribir, ese aparato anticuado, negro y frío, era una de las pocas pertenencias de la tía. Junto con sus insectos, por supuesto.

Con una maletita gris como único equipaje y con su inseparable paraguas deslucido pero aún útil, la tía Fagot se despedía:

—No olvides responder mis cartas —advirtió, a la vez que apretaba los ojos para evitar el llanto—. ¡Cómo has crecido, Amanda! Todavía recuerdo cuando eras una niña. Escríbeme.

Enfrente la esperaba un ruidoso taxi verde que echaba fumarolas por una chimenea de latón que sobresalía del capó. Minutos después, el auto se perdía dando brincos y soltando tuercas.

Amanda tenía la impresión de que pronto volvería a verla, y continuó agitando la mano hasta que el taxi no fue nada más que un punto, una pulga saltando en el horizonte.

Pasaron varios días antes de que recibiera la primera carta. Llegó perfectamente doblada, escrita con una caligrafía delicada y fina. En ella, la tía contaba cosas sobre el nuevo hogar, pero más que una carta parecía una lista de pendientes:

«Edificio». Tuvo tiempos mejores. Desde afuera parece una catedral, pero no por su



forma, sino porque está lleno de excremento de paloma.

«Calle». Tiene un pésimo nombre. En cuanto tenga tiempo iré a la municipalidad para solicitar un cambio. ¿De quién fue la idea de llamarla Vagantes? Es ridículo y de muy mal gusto.

«Ventana». Dos palomas han hecho lo imposible por entrar. Por más que intenté alejarlas con la escoba, parece que están muy a gusto. Tengo que mantenerla cerrada.

«Apartamento». Hay una plaga de cucarachas y sale mal olor del inodoro. No puedo abrir la ventana por las palomas. Es un desastre.

«Vecinos». Hasta el momento no he tenido oportunidad de conocer a nadie, solamente al portero. Es un chico pecoso y desabrido que ni siquiera tuvo el detalle de abrirme

la puerta. Se la pasa leyendo historietas y escupiendo en un bote de hojalata.

Aún no me ha llegado la Corona y me he visto obligada a escribir esta carta a mano, ¿ves?

Besos,

Tía Fagot

Amanda guardó la carta dentro del sobre y cerró los ojos. Pudo observar las palomas, el edificio blanqueado, el nombre de la calle, el portero. Todo le resultaba inexplicablemente normal, tal vez porque su tía siempre fue un tanto excéntrica. De hecho, desde el nombre mismo. Amanda sabía que Fagot era una especie de alias, un invento que con los años había dejado de serlo para convertirse en una realidad. Ciertamente era una mujer larga como tallarín y tenía una voz grave, además de un par de brazos demasiado delgados para aquel cuer-

po ya de por sí delgadísimo. Y si a todo el conjunto se sumaba la colección de insectos, los vivos volando alrededor de ella, la imagen de la tía sí que resultaba de lo más extraña.

Justamente ordenar la colección de mariposas, cucarrones, chicharras, libélulas, grillos, luciérnagas y otros —algunos vivos, otros no tanto— fue lo que más tiempo le llevó. Era lo único que llevaba en aquella maletita gris. Eso y un vestido floreado y otro café con las muñecas y el cuello dorados. A su edad, la tía necesitaba muy poco en la vida para ser feliz.